

MARZO DE 1925

De Ramón Gómez de la Serna

REALIDADES

Músico de barco

Aquel hombre estaba triste, desparvorido como desangrado.

Tenía razones para estarlo. Era un músico de barco, uno de esos músicos que en las travesías cortas de los lagos alegres, van desparramando sobre el agua la música más efímera. La música que se ahoga, música de domingo, sea lunes o viernes el día en que el barco pasa dejando su estela de falsa boda.

Pocos hombres tan desgraciados como un músico de barco, cuyas músicas sólo acompañan al sepelio del día.

Nadie se acuerda de precisar esa música de los barcos, que al fin y a la postre resulta como algo vago e inconsistente que se mezcla al rumor del agua chapuceando el casto imperterritito del barco.

Ni músicos de merendero son siquiera los músicos de barco. Hasta los músicos de jazz-band van ahorrando sus músicas en el salón en que tocan, y de algún modo se materializan y se perpetúan en la historia de los días.

El pobre músico de barco — lloro-

mos por él — no ve retenido en el mundo su esfuerzo, su vocación, su emoción de su vida.

Las escaleras—

Las escaleras son una prueba medida de cómo va la vida de cada uno.

En las escaleras hay una atmósfera consultiva aunque en ninguna habite un doctor en medicina.

Entramos en ellas como en un consultorio médico, como cuando nos ponemos a la báscula de la farmacia o ponemos el aparato que define la tensión arterial.

Según vayamos siendo viejos iremos en el primer descansillo de la razón, en el segundo los riñones, en el tercero un nervio extraviado, en el cuarto la palpitación meníngea, en el quinto el latido en lo alto de la cabeza.

En la alta escalera con cierta miobsecuridad se está como en la sala antesala de un dentista de los viejos. Esas banquetas de enfermos hay en los descansillos nos ofrecen su asiento para la reflexión interior.

ALLE de CARZ

